

Catulo XI

Antonio Alvar Ezquerro
Universidad de Alcalá
antonio.alvar@uah.es



Alma Tadema, Catulo en casa de Lesbia (con Furio y Aurelio), 1865. Colección particular.
Foto está tomada de R. J. Barrow, Lawrence Alma-Tadema, Phaidon, 2004, nº 22 p. 30.

1. Quiero agradecer a los organizadores de este V Congreso Boliviano de Estudios Clásicos, a la SOBEC y a la Unión Latina, y en especial a mi buen amigo Andrés Eichmann, la amabilidad que han tenido al invitarme a compartir con Vds. estos días, dándome además el privilegio de atribuirme esta Conferencia inaugural. Entiendo que lo hacen atendiendo más al hecho de que en estos momentos me toca presidir la Sociedad Española de Estudios Clásicos que a mis méritos personales. En cualquier caso, gracias de corazón en mi nombre y en el de la Sociedad que represento.

Para corresponder a esta generosa invitación, me ha parecido oportuno proponerles que releamos un poema de Catulo, el número XI, particularmente grato para mí, pues con su lectura y comentario suelo comenzar mis cursos de Literatura latina clásica en mi Universidad. Podrá parecerles extraño pero es así y mis razones tengo para proceder de ese modo, aunque ahora no vengan a cuento. Y si les hago esta propuesta es desde el convencimiento de que aún puede enseñarnos mucho sobre lo que significa escribir poesía en la antigua Roma, a pesar de los numerosos comentarios que se han hecho sobre él, bien de manera individualizada, bien en el marco de los comentarios que ha recibido globalmente la obra del poeta de Verona¹.

¹ El último conocido por mí es el que se contiene en Catulo, *Poesías*, ed. bilingüe de J. C. Fernández Corte y J. A. González Iglesias, 2006, pp. 210-211 y 521-523. Ver también C. *Valerii Catulli Carmina – Catulo, Poemas*,

2. El poema dice así:

Furi et Aureli, comites Catulli,
siue in extremos penetrabit Indos,
litus ut longe resonante Eoa
tunditur unda,

siue in Hyrcanos Arabae molles, 5
seu Sagas sagittiferosve Parthos,
siue quae septemgeminus colorat
aequora Nilus,

siue trans altas gradietur Alpes,
Caesaris uisens monimenta magni, 10
Gallicum Rhenum, horribilesque ulti-
mosque Britannos,

omnia haec, quaecumque feret uoluntas
caelitum, temptare simul parati:
pauca nuntiate meae puellae 15
non bona dicta.

cum suis uiuat ualeatque moechis,
quos simul complexa tenet trecentos,
nullum amans uere, sed identidem omnium
ilia rumpens; 20

nec meum respectet, ut ante, amorem,
qui illius culpa cecidit uelut prati
ultimi flos, praetereunte postquam
tactus aratrost.

ed., trad. y com. de A. Pérez Vega y A. Ramírez de Verger, 2005, pp. 488-490. Sobre este poema concreto se han ocupado en especial J. Ferguson, 1956, pp. 52-58; L. Richardson jr., 1963, pp. 93-106; G. Jachmann, 1964, pp. 1-33; T. E. Kinsey, 1965, pp. 537-544; K. Quinn, 1973, pp. 160-179; E. F. Bright, 1976, pp. 105-119; G. S. Duclos, 1976, pp. 76-90 (en especial 80-81); D. Mulroy, 1977, pp. 237-247; E. Romano, 1981, pp. 5-10; M. C. J. Putnam, 1982, pp. 13-29; D. McKie, 1984, pp. 74-78; F. O. Copley, 1985, pp. 253-260; E. D. Blodgett y R. M. Nielsen, 1986, pp. 22-31; D. R. Sweet, 1987, pp. 510-526; L. Tromaras, 1987, pp. 41-47; G. G. Biondi, 1989, pp. 19-31; J. H. Heath, 1989, pp. 98-116; M. C. J. Putnam, 1989, pp. 28-30; D. T. Benediktson, 1990, pp. 120-123; M. S. Celentano, 1991, pp. 83-100; P. Y. Forsyth, 1991, pp. 457-464; M. B. Skinner, 1992, pp. 1-11; 1993, p. 89; J. C. Fernández Corte, 1993, pp. 596-611; el mismo autor, 1994, pp. 39-61; el mismo, 1995, pp. 81-101; y W. Fitzgerald, 1995, pp. 179-184; U. Carratello, 1996, pp. 55-77; M. Ruiz Sánchez, 1996, pp. 174-189, y II, 319-339; M. P. Pieri, 1998, pp. 121-132; H. D. Jocelyn, 1999, pp. 335-375.

Y he aquí mi traducción²:

Furio y Aurelio, compañeros de Catulo, tanto si llega a los confines indos donde la costa es azotada con estruendo sin fin por olas de Oriente,	
como a los hircanos, o a los árabes blandos, o a los sagas o a los flecheros partos, o a las llanuras que colorea el Nilo de siete ramales;	5
como si atraviesa los altos Alpes, viendo los trofeos de César el grande, el gálico Rin y los lejanos y fieros britanos;	10
vosotros que todo eso y lo que la voluntad de los dioses me depare, podéis afrontar, anunciad a mi amada estas pocas y tristes palabras:	15
viva y goce con sus adúlteros amantes que, hasta trescientos, abraza al tiempo, sin amar a ninguno de veras y rompiendo las ingles a todos;	20
que no busque, cual antes, mi amor: por su culpa murió, como a la linde del prado la flor por un arado tocada al pasar.	

3. Al analizar la estructura de este texto, destaca su disposición bimembre, de acuerdo con la cual las cuatro primeras estrofas sáficas (vv. 1-16: *Furi... dicta*) constituyen un bloque unitario, mientras que las dos últimas (vv. 17-24: *cum suis... aratrosti*) constituyen otro, relacionado con el primero en cuanto que sirve de explicación del objeto directo (*pauca... non bona dicta*) de su oración principal³. A su vez, cada una de las dos partes se

² Publicada ya en *Poesía de amor en Roma. Catulo, Tibulo, Lígdamo, Sulpicia, Propercio*, 1993, pp. 84-85.

³ Ver P. Y. Forsyth, 1991.

subdivide en otras dos, en el primer caso notablemente desproporcionadas (vv. 1-14 frente a vv. 15-16), en el segundo claramente distribuidas en sendas estrofas (vv. 17-20 frente a vv. 21-24). Éste sería, pues, el esquema de la estructura:

1	Furi et Aureli, comites Catulli		
2	(...)		
13	(...)	a	
14	caelitum, temptare simul parati,		1
15	pauca nuntiate meae puellae	b	
16	non bona dicta:		
17	cum suis uiuat ualeatque moechis		
18	(...)		
19	(...)	c	
20	ilia rumpens;		2
21	nec meum respectet, ut ante, amorem,		
22	(...)		
23	(...)	d	
24	tactus aratrost		

4. Llama la atención que la primera de las subdivisiones del poema, la que designamos con 1a, esté conformada por un vocativo de enorme extensión y complejidad, mientras que la segunda subdivisión es una sencilla oración simple, constituida tan sólo por un imperativo (v. 15: *nuntiate*), su objeto directo (vv. 15-16: *pauca... / non bona dicta*) y un objeto indirecto (v. 15: *meae puellae*).

Volvamos a 1.a., ese vocativo tan sorprendente. En él llama el poeta a dos compañeros suyos (v. 1: *Furi et Aureli, comites Catulli*), a quienes considera dispuestos (v. 14: *parati*) a correr, si así lo desea el poeta, cuantas aventuras exija la voluntad de los dioses (vv. 13-14: *quaecumque feret uoluntas / caelitum*) y, en especial, largos viajes cuyos nueve destinos se enumeran rápida pero explícitamente (v. 2: *Indos*; v. 5: *Hyrmanos*; v. 5: *Arabas*; v. 6: *Sagas*; v. 6: *Parthos*; vv. 7-8: *quae... colorat / aequora Nilus*; v. 9: *Alpes*; v. 11: *Rhenum*; v. 12: *Britannos*). ¡Nueve diferentes destinos! Sin duda, ha de sorprender esta prolija enumeración de pueblos exóticos y de significativos accidentes geográficos⁴. ¿Es una mera acumulación de gentilicios, hidrónimos y orónimos, fruto de una arbitraria imaginación? No es prudente creer tal cosa cuando estamos en presencia de un poeta cuya divisa creativa es su adscripción

⁴ Ver R. Mayer, 1986, pp. 47-54.

a la moda literaria que marca la poesía helenística en general y la alejandrina en particular. Si situamos esos topónimos y esos gentilicios sobre un mapa convencional del mundo en tiempos de Catulo⁵, observaremos que siguen una precisa línea que atraviesa el «disco terráqueo» de oriente a occidente, desde los *Indos* –a los que se dedica casi por completo la estrofa primera–, los *Hyrmanos* –pueblo nómada situado al SE del mar Caspio– y los *Arabas*, los *Sagas* –identificados en algunos lugares por los griegos como una tribu escita⁶– y los *Parthos* –contra quienes, sin duda, proyectaba ya la fracasada expedición del 53 a. C. el triunviro Craso– hasta la desembocadura del río Nilo, límite entre oriente y occidente de acuerdo con la concepción geográfica antigua⁷. Y una vez llegados a este punto –que actúa a modo de centro de la Tierra: estamos en Alejandría–, el viaje continúa por el hemisferio occidental, alejándonos en esta ocasión del corazón de la *οἰκουμένη*, a través de los *Alpes* –que han sido testigos de las victorias de César sobre galos y helvecios– y el *Rhenum* –convertido por César precisamente en el 55 a. C. en frontera del Estado romano– hasta llegar a los *horribiles* y *ultimos Britannos*⁸, atacados también por César durante el verano del 55 a. C. En este punto conviene subrayar que Catulo está haciendo alusión a las tres grandes campañas de César, Galia, Germania y Britania, las noticias de cuyos victoriosos resultados aún debían de ser muy recientes en Roma en el momento de la composición de este poema.

Mas parece necesario detenerse en algunos de los términos y expresiones usados por el poeta pues exigen alguna explicación. En primer lugar, la sugerencia de que uno de

⁵ Ver, por ejemplo, J. O. Thompson, 1965; J. B. Harley & D. Woodward, 1987; M. Sordi (ed.), Milán, 1987; O. A. W. Dilke, 1985; Cl. Nicolet, 1988; A. Pérez Jiménez y G. Cruz Andreotti (eds.), 1988, pp. 23-40; J. S. Romm, 1992; P. Troussel, 1993, pp. 25-33; A. Vasaly, 1993.

⁶ Los sagas debieron habitar una zona cuyo centro sería la moderna Tashkent, aunque por ser nómadas en ocasiones también se sitúan en territorio persa.

⁷ La fórmula catuliana *quae septemgeminus colorat / aequora Nilus* es ambigua, pues los *aequora* tanto pueden ser las llanuras de tierra que colorea el río en sus crecidas anuales –y en particular las del delta (*septemgeminus Nilus*)– como el propio mar; los comentaristas y los traductores vacilan y quizás una traducción como la que ofrecen Pérez Vega y Ramírez de Verger («o en las superficies que el septillizo / Nilo colorea») puede ser adecuada, por conservar la ambigüedad. De hecho Ellis supone que Catulo se refiere precisamente a las llanuras del delta y cita un pasaje de Heródoto (II, 12) y la *nigra harena* de Virgilio (*Geor.* IV, 212: [*Nilus*] *uiridem Aegyptum nigra fecundat harena*) para justificar el verbo *colorat*; por contra, comentaristas antiguos y otros desde Schulze, prefieren entender que se trata de la superficie del mar, pues los limos que arrastra la corriente tiñen bien adentro las aguas marinas, más allá de la desembocadura; pasajes como *Ov. A.* II, 13, 9-10 (*quaque celer Nilus lato delapsus in alueo / per septem portus in maris exit aquas*) y *Her.* XIV, 107-108 (*per septem Nilus portus emissus in aequor / exiit insana paelicis ora boue*), se aducen en sustento de esta interpretación. Conviene, además, indicar que *aequor* (o algún adjetivo de él derivado) aparece en otras ocho ocasiones en Catulo (IV, 17: *tuo imbuisse palmulas in aequore*; LXIV, 7: *caerula uerrentes abiignis aequora palmis*; 12: *quae simul ac rostro uentosum proscidit aequor*; 15: *aequoreae Nereides monstrum admirantes*; 179: *discernens ponti truculentum diuidit aequor*; 206: *aequora concussitque micantia sidera mundus*; LXVIII 3: *naufragum ut eiectum spumantibus aequoris undis*; CI, 1: *multas per gentes et multa per aequora uectus*) y siempre referido, de manera indudable, al mar. En general, para el Nilo y su significado en la Antigüedad, puede leerse ahora J. M. Galán, 2008, pp. 11-31.

⁸ Ver D. McKie, 1984; D. T. Benediktson, 1990.

los hitos del viaje de Catulo con sus amigos haya de ser para ver los *monimenta* de César más allá de los Alpes, exigiría dar razón de esos «monumentos» y no es fácil. En efecto, el término *monimenta*, empleado en este pasaje por Catulo, suele interpretarse por los comentaristas –y así lo entiendo yo– como «trofeos», lo que lleva a suponer que César, para esa temprana fecha del 55 (o del 54 a. C.) habría levantado ya algún monumento en los Alpes para celebrar sus victorias en las Galias; y que, además, ese monumento habría sido algo más que un simple «trofeo» militar, de carácter provisional y efímero como solía hacerse, pues el término *monimenta* parece aludir no a uno, sino a varios testimonios (o a un testimonio complejo y grandioso), y además, hechos para perdurar en la memoria. Tenemos constancia, precisamente gracias a la numismática, de la existencia de trofeos militares levantados por César probablemente en las Galias pero no necesariamente en los Alpes⁹. Sabemos, además, que los romanos habían levantado en la confluencia del Ródano y del Isère un altar para conmemorar el primer triunfo sobre los galos en el s. II a.C., mas no quedan vestigios de ningún «monumento» levantado por César específicamente para conmemorar estos triunfos, como el que levantó Pompeyo en los Pirineos, por ejemplo¹⁰. Sin embargo, es bien conocido el magnífico monumento que erigió más tarde Augusto en La Turbie. Con todo, César bien pudo haber construido esos *monimenta* para celebrar su victoria pues sabemos de otros trofeos o altares levantados por él en otros lugares y motivados por otras circunstancias, como en los Pirineos¹¹, en Zela (Mar Negro) o posiblemente en Kbor Klib (Túnez)¹². Otras interpretaciones, como que *monimenta* se refiera de manera genérica a las gestas del general romano en la Galia, no parecen tener sustento, pues no habría sido ése el término empleado y menos como complemento directo de un *uisens*. Por tanto, o bien Catulo habla «de oídas» y se refiere a hechos que nunca existieron –cosa harto improbable– o está dando testimonio de hechos aún no corroborados por la arqueología¹³.

Tampoco resulta fácil explicar el apelativo que Catulo da a César, pues ese *magnus* admite, más allá de su denotación encomiástica, una interpretación irónica, igualmente posible pero no absolutamente segura. En efecto, algunos comentaristas han querido ver en

⁹ Ver Y. Le Bohec, 2001, p. 293, donde en el reverso de un denario se representa un trofeo militar y dos prisioneros galos.

¹⁰ Ver I. Rodà, 1993, pp. 647-651.

¹¹ Ver Dio Cassius, XLI, 24.

¹² Ver Ch. Picard, 1957, pp. 207 ss.

¹³ Ver L. Harmand, 1960; G. Ch. Picard, 1962; N. Lamboglia, 1983; J. Formigé, 1949; G. Barroul, 1969. Hay, no obstante, un «trofeo» romano en los Alpes, concretamente en Saint-Léonard (Valais, Suiza), del que se encontraron en los años 1962-63 algunos bloques de cuarcita con tres fragmentos de una inscripción, mas tal trofeo debió ser levantado por el emperador Galieno hacia 259-260 para conmemorar sus victorias sobre los galos. Ver D. van Berchem, 1976, pp. 75-81; D. Van, Berchem, 1982, pp. 237-246. En el año 382, Galieno fue víctima de la *damnatio memoriae* y sus monumentos fueron «martilleados», como es éste el caso. Agradezco a la profesora Isabel Rodà la ayuda prestada en este punto.

este pasaje una suerte de reconciliación del poeta con el político, superados los momentos de distanciamiento e incluso de hostilidad que evidencian las referencias contenidas en los poemas XXIX, LIV o LVII, gracias quizás a la nueva visita efectuada por César al padre de Catulo en Verona durante la primavera del 54 a. C., precisamente en el momento en que se sitúa la composición de este poema¹⁴. *Magnus* sería entonces un calificativo capaz de reconocer y resumir los extraordinarios logros militares alcanzados por las armas romanas bajo la dirección de Julio César en esos años de la década de los 50. Es más, el adjetivo apunta en una doble dirección, pues equipara las hazañas de César con las de Alejandro (César conquista occidente como Alejandro hizo con oriente) al mismo tiempo que coloca al general romano como mínimo en el mismo nivel militar, político y, por ende, de estima social que a Pompeyo, a quien el dictador Sila había concedido el derecho de usar tal sobrenombre y el título de *imperator*. En este punto es preciso recordar que el llamado primer triunvirato se había robustecido gracias a los nuevos acuerdos de Lucca, materializados a lo largo del 55 a. C., gracias a los cuales César quedaba colocado de manera muy sólida como uno de los tres hombres más importantes del Estado romano, junto a Pompeyo y Craso. Mas son precisamente todas esas connotaciones, unidas a las otras referencias ya señaladas a Julio César en el poemario catuliano, las que hacen sospechar que ese calificativo no está exento de un tono irónico.

Merece finalmente atención otro lugar de este excursus geográfico, precisamente el referido a los britanos, pues es justamente en este punto donde se produce la principal dificultad del texto: *horribilesque ulti/mosque* es la lectura preferida por algunos editores, que corrigen al códice veronense (*V*) habida cuenta de que en él se lee un adonio imposible (*ultimosque Britannos*) y un endecasílabo sáfico no menos incorrecto (*Gallicum Rhenum, horribilesque*); nótese que tal corrección exige, a pesar de todo, evitar alguna elisión en el endecasílabo para obtener el cómputo silábico exacto. Por ese motivo, otros editores han propuesto, unas veces con más fundamento y otras con bastante menos, lecturas como *horribilem insulam*¹⁵, *horribile aequor ulti/mosque Britannos*¹⁶, o como *horribiles uitro ulti/mosque Britannos*¹⁷, o incluso otras¹⁸. La lectura *horribile aequor* no parece de recibo, habida cuenta de que unas pocas líneas más arriba, en el verso 8, ha aparecido ya la palabra *aequora*. Por su parte, la lectura *horribiles uitro* se fundamenta en un conocido excursus etnográfico de César (*B. G. V*, 14), en el que sorprendentemente también se califica a los britanos no ya de *horribiles* sino de *horribiliores*, precisamente por teñirse de azul la piel al entrar en combate:

¹⁴ Ver Caes. *B. G. V*, l. Ver E. Bickel, 1950, pp. 1-23; *Catullus*, ed. de E. T. Merrill, 1983, pp. XXVIII-XXXII.

¹⁵ R. A. Ellis (ed.), 1889.

¹⁶ M. Haupt 1841 (1912 7ª ed.); R. A. E. Mynors, 1958 (1984).

¹⁷ D. McKie, 1984; Lee, 1990; A. Pérez Vega y A. Ramírez de Verger, 2005.

¹⁸ Ver M. Ruiz Sánchez, 1996, II, 185.

Ex his omnibus longe sunt humanissimi qui Cantium incolunt, quae regio est maritima omnis, neque multum a Gallica differunt consuetudine. interiores plerique frumenta non serunt, sed lacte et carne uiuunt pellibusque sunt uestiti. omnes uero se *Britanni uitro* inficiunt, quod caeruleum efficit colorem, atque hoc *horribiliores* sunt in pugna adspectu; capilloque sunt promisso atque omni parte corporis rasa praeter caput et labrum superius. uxores habent deni duodenique inter se communes et maxime fratres cum fratribus parentesque cum liberis. sed si qui sunt ex iis nati, eorum habentur liberi, quo primum uirgo quaeque deducta est.

Pero difícilmente se puede justificar esa pretendida lectura catuliana con el intertexto cesariano pues éste es posterior, como ha quedado dicho, y, por contra, no parece probable que César tuviera que servirse del intertexto catuliano para redactar su pasaje. Otra objeción a esa lectura, como que no resulta creíble que Catulo conociera en fecha tan temprana esa práctica britana, es igualmente posible.

En definitiva, Catulo ha dibujado para Furio y Aurelio una imaginaria «vuelta al mundo» en su compañía, desde los confines orientales hasta los confines occidentales (véase el cuidado juego de adjetivos: *extremos Indos / ultimos Britannos*¹⁹), recorriendo toda suerte de pueblos ignotos y exóticos, que en el imaginario del romano medio debían operar como otros tantos graves peligros para quien osase abandonar la supuesta seguridad del ya conocido y civilizado Mediterráneo²⁰. Se diría que Catulo ha trazado, en efecto, un erudito itinerario nutrido tal vez más de informaciones librescas –como corresponde a los poetas helenísticos en general y alejandrinos en particular– que de experiencias vitales directas, propias o ajenas. Sin embargo, es preciso tener presente que este poema ha sido escrito cuando ya el poeta había regresado de su viaje a Bitinia, que tanto y de tantas maneras –vital, afectiva, estética, literariamente– le marcó; sin duda, también hubo de servirle ese viaje para abrir de manera real su conocimiento del mundo y debió ponerle en contacto con gentes, paisajes y mundos apenas entrevistados y raramente entendidos desde la capital del Estado romano, de modo que la erudición cobra sentido y la experiencia se transforma en poesía: el mundo se había ensanchado mucho desde las conquistas de Alejandro Magno tres siglos antes y desde la formidable expansión que había logrado el Estado romano tanto por occidente como por oriente en esos mismos siglos, y ese ensanchamiento deja huellas definitivas en las vidas y en la obra de los escritores.

¹⁹ Ver Verg., *Georg.* III, 25, 27 y 33: *bisque triumphatas utroque ab litore gentes*.

²⁰ Ver J. L. Riestra, 1995, pp. 263-285. El tema del viaje por lugares exóticos o peligrosos, y usando incluso la misma estrofa en el caso de las odas, lo recrea Horacio en *Ep.* I, 11-14 (*feremus et te uel per Alpium iuga / inhospitalem et Caucasum / uel occidentis usque ad ultimum sinum / forti sequemur pectore*), en *Carm.* I, 22, 1-8 (*Integer uitae scelerisque purus / non eget Mauris iaculis neque arcu / nec uenenatis grauida sagittis, / Fusce, pharetra, / siue per Syrtis iter aestuosas / siue facturus per inhospitalem / Caucasum uel quae loca fabulosus / lambit Hydaspes*) y en *Carm.* II, 6, 1-4 (*Septimi, Gadis aditure mecum et / Cantabrum indoctum iuga ferre nostra et / barbaras Syrtis, ubi Maura semper / aestuat unda*).

Más Catulo trabaja la enumeración con cuidado, de modo que dedica a los pueblos del hemisferio oriental –más alejados de Roma y situados sobre una mayor extensión de terreno– dos estrofas y a los del hemisferio occidental –sentidos más próximos– tan sólo una, definiendo de este modo la doble proporción del viaje por oriente sobre el que tuviera que hacerse hasta alcanzar los confines occidentales.

5. ¿Quiénes son estos Furio y Aurelio, compañeros de Catulo, dispuestos a arrostrar tamaña empresa –u otras aún mayores (vv. 13-14: *quaecumque feret uoluntas / caelitim*)–, si fuera preciso²¹? Furio y Aurelio aparecen en otras ocasiones en el poemario catuliano. Los poemas XV y XXI están dirigidos a Aurelio, a quien confía un joven (¿quizás Juvencio?) del que está enamorado Catulo, al tiempo que le previene para que no lo toque, so pena de castigar severamente su lascivia²². A ambos Furio y Aurelio se consagra el XVI y en él son violentamente insultados por haberse mofado de los poemas que Catulo dedicó a Lesbia, en los que se mostraba demasiado pasivo y, por tanto, poco viril²³. A Furio se dedican los poemas XXIII y XXVI (y tal vez se refiere también a él en el XXIV) y –como ya se había hecho con Aurelio en el XXI– se le tilda de pobre y mezquino, al tiempo que se le reconoce como rival del poeta en el amor del joven Juvencio²⁴. En definitiva, Furio y Aurelio son presentados por el poeta en estos lugares de su poemario como hombres rivales en su amor, indeseables, pobres y poco de fiar. ¡Menudos compañeros para viajar a lo largo y ancho del mundo! A cualquier lector romano del momento, además, esos nombres –Furio y Aurelio– les debían sugerir no pocas cosas, por ser ambos nombres propios de nobles familias romanas, caídos entre lo más bajo de la sociedad –como ocurre con otros llamados Clodios o Sergios– y

²¹ Ver L. Richardson (jr.), 1963 y L. Tromaras, 1987. Que el poema de Catulo contenga una respuesta airada a una falaz invitación a viajar formulada por Furio y Aurelio y, con ella, el desmascaramiento de una falsa amistad, me parece excesivo, a pesar de la opinión de Fernández Corte (1995).

²² Comentaristas antiguos han querido ver en este Aurelio a L. Aurelio Cota, pretor bien conocido por haber restituido por ley al orden ecuestre el derecho a administrar justicia. Ver los comentarios a estos poemas de Pérez Vega y Ramírez de Verger, 2005, pp. 496-498 y 501-502, y de Fernández Corte y González Iglesias, 2006, pp. 527-529 y 536-537.

²³ Ver el comentario a este poema de Pérez Vega y Ramírez de Verger, 2005, pp. 498-499, y de Fernández Corte y González Iglesias, 2006, pp. 529-533.

²⁴ Ver los comentarios a estos poemas de Pérez Vega y Ramírez de Verger, 2005, pp. 503-505, 505 y 507, y de Fernández Corte y González Iglesias, 2006, pp. 539-542, 542-543 y 545. El Furio catuliano se ha identificado –mas no de manera unánime– con Furio Bibáculo, uno de los poetas *nouii*, por más que no parezca haber asumido –al igual que Varrón de Átace– con el mismo entusiasmo que los otros poetas de su generación los presupuestos de la nueva poética, siendo su alejandrismo más bien resultado de una evolución a partir de posiciones creativas tradicionales. Debíó de ser un poeta de carácter mordaz y agresivo, a tenor de los escasos fragmentos conservados. El hecho de que en el poema catuliano se haga referencia a las campañas cesarianas en las Galias ha servido de argumento para establecer la identificación de este Furio con el poeta, pues sabemos que compuso unos *Annales de Bello Gallico*. Ver *The Fragmentary Latin Poets*, ed. y com. de E. Courtney, 1993, pp. 192-200 (en especial, p. 200).

dedicados a ganarse la vida de manera más propia de unos sinvergüenzas que de unos dignos amigos. Obviamente, hay un tono irónico en esta obertura del poema –*comites Catulli*– que quedará subrayado –*omnia haec, quaecumque feret uoluntas / caelitum, temptare simul parati*²⁵– y confirmado más adelante²⁶. De modo que el extenso vocativo inicial conjuga sin transición ninguna la ironía y la erudición, el estilo yámbico y el estilo épico o didáctico, para resolverse de nuevo irónicamente en el imperativo de la cuarta estrofa (v. 15: *nuntiate*), pues no ha reclamado Catulo la presencia y la ayuda de un par de canallas para correr con ellos aventuras llenas de riesgos, sino para enviarlos como mensajeros de malas noticias (v. 16: *non bona dicta*²⁷) a su niña que, con todo, aún sigue sintiendo como propia pues sigue rendido de amor hacia ella (v. 15: *meae puellae*). Y es que, sin duda, se corre mayor riesgo comunicando la ruptura de la relación erótica con una mujer como Lesbia que recorriendo el mundo entero, por lo que resulta adecuado enviar a un par de canallas –conocidos rivales y enemigos del poeta– para que sufran los eventuales ataques de la mujer rechazada²⁸. Sólo ellos sabrán estar a la altura de la indigna misión que el poeta les encomienda.

6. Se desliza, así, el poema hacia su segunda parte, en la que quedan desveladas las malas noticias que Furio y Aurelio habrán de transmitir a Lesbia de parte de Catulo. Y de nuevo surge la mano pulida del poeta helenístico pues el mensaje resulta ser doble y para cada una de sus partes se consagra una medida estrofa. En primer lugar (2c), se desea una venenosa felicidad²⁹ a esa mujer desleal y perversa, que dedica su vida a practicar el oficio de una ramera o a disfrutar –previo pago, se supone– con una lascivia asombrosa de cuantos hombres se pongan a su alcance, sin desear verdaderamente a ninguno de ellos³⁰,

²⁵ Para evocaciones posteriores de algunos de estos lugares y expresiones, ver Hor. *Carm.* III, 4, 29-37 (*utcumque mecum uos eritis, libens / insanientem nauita Bosphorum / temptabo et urentis harenas / litoris Assyrii uiator, / uisam Britannos hospitibus feros / et laetum equino sanguine Concanum, / uisam pharetratos Gelonos / et Scythicum inuiolatus amnem. / Vos Caesarem altum...*); I, 7, 25-26 (*quo nos cumque feret melior fortuna parente, / ibimus, o socii comitesque*); o Man. V, 495 (*et qua fert cumque uoluntas*).

²⁶ Ver Blodgett-Nielsen, 1986, ya citado. Para otros usos irónicos en Catulo, ver H. Akbar Khan, 1968, pp. 3-12.

²⁷ Ver E. F. Bright, 1976.

²⁸ No se olvide que en el poema LX la actitud despiadada de Lesbia se considerada propia de quien ha sido parida por una leona o por la mismísima Escila. Mientras tanto, el nombre de Furio es de la misma raíz que y evoca a las Furias y al *furor*.

²⁹ *uiuat ualeatque* es una expresión de despedida y renuncia (ver VIII, 12: *uale, puella, iam Catullus obdurat*; Ter. *And.* 889: *inmo habeat, ualeat, uiuat cum illa*; *Heaut.* 430: *ualet atque uiuit*, etc.), que podría hacer suponer que Catulo está respondiendo con este poema –y utilizando como mensajeros a Furio y Aurelio– a un requerimiento de reconciliación venido de Lesbia.

³⁰ Un uso idéntico de *tenere* se lee en el propio Catulo, LV, 17: *Nunc te lacteolae tenent puellae?* Por otra parte, *trecentos*, como otros numerales (*sescenti, mille*, etc.) resulta útil para referirse a un número indeterminado; ver, entre otros ejemplos, Catul. V, 7 ss.: *Da mi bassia mille, deinde centum...*; IX, 1-2: *Verani, omnibus e meis amicis / antistans mihi milibus trecentis*; Plaut. *Mil. Glor.* 250: *trecentae possunt causae colligi*; *Trin.* 791: *sescentae*

mas «rompiéndole las ingles» (*ilia rumpens*, no *latus rumpens*, como suele ser habitual) a todos, lo que parece indicar que se practica con ellos sexo frecuente pero sin riesgo para la joven, es decir, masturbación o felación³¹. Tenemos aquí al Catulo más grosero y vulgar, frente al Catulo erudito de la primera parte del poema³². Mas ni aquél ni éste —el vulgar y el erudito— habrían podido justificar la estrofa utilizada, la sáfica, pues esa estrofa lírica no conviene ni a la poesía didáctica (o épica, según se entienda el tono de la primera parte) ni a la poesía yámbica.

De modo que es preciso leer la última de las estrofas (2d) para alcanzar a comprender la verdadera intención del poema pues en ella se expresa la renuncia del poeta al amor de Lesbia, vencido definitivamente por sus infidelidades y desprecios³³. Y entonces, Catulo se sirve de una bellísima comparación entre el amor desdichado y la flor destrozada por un arado. Aquí sí está, al parecer, el tono lírico preciso que justifica el uso de la estrofa sáfica para la totalidad del poema³⁴.

7. Se ha insistido muchas veces en que el ciclo de poemas de amor entre Catulo y Lesbia se inicia con el poema LI y se cierra con este poema XI, los dos únicos escritos en estrofa sáfica, de manera que el veronés coloca de manera muy consciente su poesía en la estela de la de Safo. Nada hay que objetivamente permita sostener con absoluta seguridad tal afirmación; es cierto que ambos poemas están escritos con la misma estrofa —lo que invita a establecer paralelos y relaciones que se llevan a veces mucho más allá de lo conveniente—; es cierto que el léxico de ambos presenta algunos paralelismos y que algunas de las imágenes de que se sirve Catulo (la flor y el arado en el XI; la fenomenología de los celos o de la pasión erótica en el LI) se leen también en la poesía de la de Lesbos. Es cierto también que el poema XI no ha podido ser escrito más que durante el 55 o el 54 a. C. y, por tanto, al final de la vida de Catulo, pero ninguna de esas razones permite afirmar con absoluta seguridad que el uno, el LI, abra el ciclo y que el otro, el XI, lo cierre; otros poemas han podido temáticamente desempeñar esas funciones pues ni aquél puede ni debe ser interpretado como un poema de apertura de ciclo erótico (y bien podría ser considerado como un poema propio de un momento de infidelidad, incluso tardía, es decir, posterior al viaje de Bitinia) ni éste es el único poema en que el desamor y la despedida se hacen dramáticamente presentes. Carece, por tanto, de sentido pretender poner una fecha dema-

causae possunt colligi. Para *amare* en latín, ver, por ejemplo, A. López López, 1980, pp. 313-341; M. Molina Sánchez, 1983, pp. 233-257; R. López Gregoris, 2002.

³¹ Es preciso traer aquí a colación, por ejemplo, el poema LVIII (*Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa*), donde se insiste en la sucia promiscuidad de la amada, que «la mama» (*glubit*) por cruces y callejas a los *magnanimi Romuli nepotes*. Ver D. Lateiner, 1977, pp. 15-32; M. H. Lindgren, 1984; F. J. Carrillo Boutureira, 1998, pp. 49-53.

³² Ver M. B. Skinner, 1992.

³³ Ver J. Ferguson, 1956; E. F. Bright, 1976; G. S. Duclos, 1976; J. C. Fernández Corte, 1995.

³⁴ Para estos abruptos y eficaces cambios de tono y estilo, que invitan a segundas y terceras lecturas, ver Sweett, 1987.

siado precisa, ni absoluta ni relativa, a este poema; tampoco al LI. Volveremos sobre esta relación entre Safo y Catulo³⁵.

Lo que nos interesa de esta magnífica composición es observar cómo despliega Catulo su arte en su momento más maduro y cómo, haciéndolo, imprime un giro en la poesía latina y, consecuentemente, en la de todo occidente. Por supuesto, merece la máxima atención el hecho de que se sirva de la estrofa sáfica, incluso admitiendo –como es muy probable– que sea ésta la segunda y última ocasión en que lo hace, al menos en lo que podemos conocer nosotros. La reiteración en el uso de esta fórmula métrica evidencia la moderada satisfacción que había producido en el poeta el ensayo anterior y, con ello, la convicción de que la novedad tenía cabida en las letras latinas con absoluta naturalidad. Obsérvese que, en esta ocasión, la experimentación va más allá de lo ensayado en LI pues Catulo se libra del seguimiento literal del poema de la de Lesbos y se aventura en una creación absolutamente personal. Ya no se trata de traducir –con tanto respeto como él sabe hacerlo tanto hacia la forma como hacia el contenido– sino de crear un poema absolutamente nuevo, de modo que, al alcanzar el éxito, la estrofa –y con ella los tonos y los temas de la poesía lírica arcaica griega– se hace plenamente romana. A partir de este momento es posible expresar sentimientos en latín con la misma voz y con la misma tonalidad con que lo hicieron los griegos. El acierto de Catulo estriba en haber sido el primero en hacerlo y, además, de modo plenamente romano. Veamos por qué.

Las deudas con los escritores griegos son –ya hemos señalado algunas– constantes en este poema y afectan a muy diversos niveles de la composición, como el métrico o como el de la imagen de la flor destrozada, de la que luego se dirá más; pero también en el nivel léxico se leen voces de intensas connotaciones homéricas, como ocurre con el sintagma *longe resonante*, tomada del epíteto homérico *πολύφλοισβος*, varias veces aplicado al mar.

Al mismo tiempo, el poema es plena y originalmente romano. De acuerdo con la descripción de la estructura y de los contenidos del poema efectuadas poco más arriba, el poema se articula en torno a dos grandes temas –el viaje imaginario desde la India a Britania y la comparación de la flor destrozada por el arado– arropados por otros menores, como lo son el tema de los «amigos» mensajeros o la despedida y el insulto a la amada infiel. En el caso del viaje imaginario, cuyos hitos ya han sido descritos, conviene subrayar el hecho de que es de cuño plenamente catuliano; es decir, no se han señalado para él precedentes en la poesía griega. Por supuesto tampoco en la latina. Es más, no sólo no hay precedentes

³⁵ Ver G. Jachmann, 1964. La relación entre este poema XI y el LI parece estar subrayada, además, por el hecho repetidas veces señalado de que en ambos –y sólo en ambos poemas catulianos– se utiliza la palabra *identidem*. Ver D. Braga, 1950. Unas breves notas prosódicas y métricas de este poema pueden verse, por ejemplo, en C. *Valerii Catulli liber. Les poésies de Catulle*, trad. de E. Rostand, com. crítico y explicativo de E. Benoist y E. Thomas, 1890, vol. 2, pp. 391-392.

del tema del viaje imaginario sino que ni siquiera varios de los pueblos mencionados por Catulo en este poema habían hecho aún acto de presencia en la literatura latina y, si lo habían hecho, había sido en escritos absolutamente contemporáneos del poeta de Verona.

Así, aunque parezca increíble, no hay ninguna referencia latina a los indos hasta por lo menos diez años después. En efecto, tras esta primera alusión debida a Catulo, habrá que esperar al *De diuinatione* ciceroniano, compuesto en el 44 a. C., para reencontrar a ese pueblo oriental, ahora ya en varios pasajes³⁶; naturalmente, en la generación siguiente, la de los poetas augusteos, las referencias a los indos no son raras, mas la deuda con respecto a este poema de Catulo es indudable pues hay paralelos léxicos o semánticos en la adjetivación utilizada; así ocurre con Horacio o con Propercio, o, aún más tarde, con Estacio, en quien los intertextos de los poetas anteriores son bien evidentes³⁷. Con respecto a los hircanos, cabe decir que de nuevo hay que esperar a un texto ciceroniano, las *Tusculanae Disputationes*, compuestas en el 45, para volver a leer el nombre de ese pueblo en latín³⁸. Aún más sorprendente resulta que los árabes –pueblo mucho más cercano a Roma y a sus intereses–, mencionados por vez primera aquí en latín, no vuelvan a hacer acto de presencia en las letras latinas hasta la correspondencia de Cicerón³⁹ que, como es bien sabido, no se dio a conocer públicamente hasta muchos años tras la muerte del orador; y además debe subrayarse cómo el poeta de Verona atribuye ya a estas gentes un adjetivo, *molles* («blandos»), que inaugura un bien conocido tópico en la literatura latina⁴⁰. La enorme capacidad evocadora y connotativa de esta agrupación de pueblos provocará, también más adelante, que Virgilio se sirva de ella en *Aen.* VII, 605: [*siue bellum*] *Hyrchanis Arabisue parant seu tendere ad Indos*. Tampoco hay testimonios latinos ni coetáneos ni inmediatamente posteriores a Catulo de los sagas, de modo que habrá que esperar a Plinio para volver a tener noticias de ellos⁴¹. Como tampoco los hay –por más que resulte extraño– a los partos, a pesar de que Craso debía estar preparando su expedición contra ellos ya a mediados de los cincuenta, de modo que también en esta ocasión el poema de Catulo inaugura tanto las referencias en lengua latina a tan tradicional enemigo de las armas romanas, como el calificativo que les asigna, *sagittiferos* («flecheros») y que

³⁶ Como en II, 96: *quas quidem percurrere oratione facile est, quid inter Indos et Persas, Aethiopus et Syros differat corporibus, animis, ut incredibilis uarietas dissimilitudoque sit.*

³⁷ Hor. *Ep.* I, 1, 45: *impiger extremos curris mercator ad Indos*; Prop. II, 9, 29: *quid si longinquos retineret miles ad Indos*; Stat. *Silu.* III, 2, 91: *uel ad ignotos ibam comes impiger Indos.*

³⁸ Ver Cic. *Tusc.* I, 108: *in Hyrcania plebs publicos alit canes, optumates domesticos.*

³⁹ Ver Cic. *Att.* IX, 11, 14: *nuntiant Aegyptum et Arabiam Εὐδαίμονα et Μεσοποταμίαν cogitare, iam Hispaniam abieciisse*; *Arabes* se lee, además de en otros lugares de Cicerón, en *Fam.* III, 8, 10 (escrita el 8 de octubre del 51 a. C. y, por tanto, posterior al poema catuliano): *Arabes qui fuerunt admixto Parthico ornatu dicuntur omnes reuertisse*; o en *De diu.* I, 94: *Arabes autem et Phryges et Cilices, quod pastu pecudum maxime utuntur campos et montes hieme et aestate peragrantes, propterea facilius cantus auium et uolatus notauerunt.*

⁴⁰ Ver después por ejemplo Verg. *Geor.* I, 57 (*molles sua tura Sabaei mittunt*) o Tib. II, 2, 3-6 (*urantur odores, / quos tener e terra diuite mittit Arabs /.../ Cui decorent sanctas mollia sarta comas*).

⁴¹ Ver Plin. VI, 17, 50: *celeberrimi eorum [Scycharum] Sacae.*

también se volverá tópico. Habrá que esperar, de nuevo, a textos ciceronianos –de sus cartas y de las *Filípicas* (44-43 a. C.)– para saber más de ellos⁴².

Catulliana es también la adjetivación *septemgeminus* para el Nilo y resultó exitosa pues tras él, de una u otra manera, la siguen utilizando los poetas tanto en latín como en griego; véanse, por ejemplo, Verg. *Aen.* VI, 800: *et septemgemini turbant trepida ostia Nili*; Ov. *A.* III, 6, 39: *ille fluens diues septena per ostia Nilus*; *Met.* I, 422: *sic ubi deseruit madidos septemfluus agros / Nilus*; V, 187: *at Nileus, qui se genitum septempace Nilo / ementitus erat*; Moschus II (*Europa*) 51: πόρτιος Ἰναχίης τήν θ' ἑπταπόρῳ παρὰ Νεΐλω, etc. Y a él parece deberse también la metonimia *aequor* por «mar», de la que ya se ha dicho más arriba, y de cuyo empleo por Virgilio y otros poetas posteriores poco es necesario decir aquí pues se trata ya de una adquisición definitiva para la poesía latina.

No menos novedosas y sorprendentes resultan las referencias geográficas de la segunda parte de este hipotético viaje, las situadas al occidente de Roma: los Alpes, el Rin y los britanos. Aunque parezca increíble, ese orónimo, ese hidrónimo y ese gentilicio hacen entrada de este modo en la literatura latina (al tiempo que lo hacen algunos de ellos en la correspondencia de Cicerón) y, de paso, en la historia romana, pues el poema catulliano ha de considerarse en algunos años anterior a los *Comentarios* cesarianos. En efecto, la primera campaña del general contra la isla –que se narra en el libro IV de esa obra– se inició en el verano del 55 a. C., Catulo habría muerto hacia el 54 a. C. –considerándose precisamente esta alusión a la campaña de Britania como la última fecha segura contenida en su poemario– y los *Comentarios* habrían sido publicados probablemente en el 51 a. C.⁴³ *Brit(t)annia* aparece también en numerosos lugares de la correspondencia ciceroniana y en

⁴² Para los *Parthi* (y para *parthicus*), ver también Cicerón, en cuyas cartas familiares, a Ático y en las *Filípicas* los menciona decenas de veces. Luego aparecen, asociados a su extraordinaria habilidad como arqueros, en muchos otros lugares, como en Verg. *Georg.* III, 29 (*fidemque fuga Parthum uersisque sagittis*), IV, 313-314 (*aut ut neruo pulsante sagittae, / prima leues ineunt si quando proelia Parthi*), Hor. *Carm.* II, 13, 17 (*miles [timet] sagittas et celerem fugam Parthi*), Ov. *Rem. Am.* 157 (*uinice Cupidineas pariter Parthasque sagittas*) o Stat. *Theb.* VI, 597 (*[credas] Parthorum fuga totidem exsiluisse sagittas*), etc. Estacio une las flechas partas y el adjetivo *Eoas* en *Silu.* III, 2, 125-126: *iam tamen et turmas facili praeuertere gyro / fortis et Eoas iaculo damnare sagittas*. Virgilio usa el adjetivo *sagittiferus* en *Aen.* VIII, 725 para aplicarlo a los Gelones: *sagittiferosque Gelonos*. Ver Ch. Lerouge, 2007, p. 42.

⁴³ Es de sobra sabido que la fecha de composición y la de publicación de los *Comentarios* de César constituyen un motivo de discusión entre los filólogos; se discute si fueron escritos poco a poco, al acabar cada campaña, o si lo fueron una vez terminada la guerra; en este punto, la opinión más extendida es la que cree, por distintas razones –estructura del relato, estilo, etc.–, que César fue escribiendo la obra durante los inviernos entre cada campaña y que daría una última mano al conjunto justo antes de publicar el relato (que se interrumpe en el 52 a. C.). La publicación se habría producido hacia el 51 a. C., al concluir el mandato de César como procónsul, y con el fin de que sirviera de propaganda para su elección como cónsul del 50 a. C.

Nat. II, 88: *quod si in Scythiam aut in Britanniam sphaeram aliquis tulerit; y britannicus, ib.* III, 24: *quid aestus maritimi uel Hispanienses uel Britannici eorumque certis temporibus uel accessus uel recessus sine deo fieri nonne possunt?* Después, se vuelven a leer referencias a los britanos en significativos pasajes de Virgilio (*Ecl.* I, 64-66: *At nos hinc alii sitiensis ibimus Afros, / pars Scythiam et rapidum cretae uenimus Oaxen / et penitus toto diuisos orbe Britannos*) y de Horacio (*Carm.* I, 35, 29-32: *serues iturum Caesarem in ultimos / orbis Britannos et iuuenum recens / examen Eois timendum / partibus Oceanoque rubro*), en los que la evocación de la primera parte de Catulo XI es constante.

Es más, el tema del viaje por lugares exóticos o peligrosos, y usando incluso la misma estrofa en el caso de las odas, lo recrea Horacio en *Ep.* I 11-14 (*feremus et te uel per Alpium iuga / inhospitalem et Caucasum / uel occidentis usque ad ultimum sinum / forti sequemur pectore*), en *Carm.* I 22, 1-8 (*Integer uitae scelerisque purus / non eget Mauris iaculis neque arcu / nec uenenatis grauida sagittis, / Fusce, pharetra, / siue per Syrtis iter aestuosas / siue factururus per inhospitalem / Caucasum uel quae loca fabulosus / lambit Hydaspes*) y en *Carm.* II 6, 1-4 (*Septimi, Gadis aditure mecum et / Cantabrum indoctum iuga ferre nostra et / barbaras Syrtis, ubi Maura semper / aestuat unda*)⁴⁴.

El acierto de Catulo resulta evidente por sus logros léxicos, sintagmáticos, temáticos y métricos, que se manifiestan extraordinariamente fecundos. Así, *tunditur* –que Catulo usa por vez primera en relación al mar– es evocado en similares contextos por Horacio (*Epod.* XVII, 55: *Neptunus alto tundit hibernus salo*) Virgilio (*Aen.* V, 125: *est procul in pelago saxum spumantia contra / litora, quod tumidis summersum tunditur olim / fluctibus*) o Tibulo (II, 4, 10: *Naufraga quam uasti tunderet unda maris!*). Del mismo modo, ecos de la *Eoa unda* se leerán luego en Virgilio (*Geor.* II, 122: *quos Oceano propior gerit India lucos*), Tibulo (IV, 2, 20: *proximus Eois Indus aquis*) y Ovidio (*Fast.* VI, 474: *uigil Eois lucifer exit aquis*), además de en el pasaje de Horacio (*Carm.* I, 35, 29-32) citado poco más arriba.

Y tales acertadas invenciones no se limitan a la primera parte del poema pues el *uiuat ualeatque*, del v. 17 y del que ya se ha dicho más arriba, lo vuelve a utilizar de manera muy parecida por ejemplo Horacio en *Epis.* I, 6 66-67: *uiuas in amore iocisque. / Viue, uale*. El verbo *tenere*, cuya singularidad semántica de cuño catuliano ya ha sido señalada, es usado del mismo modo más tarde por Virgilio en *Ecl.* I, 31 (*me Galatea tenebat*) o por Marcial en XI, 40, 1 (*formosam Glyceram Lupercus solus tenet*), por citar tan solo dos ejemplos. Del mismo modo, *trecentos*, como indefinido, se lee en Horacio (*Serm.* I, 5, 11-13: *tum pueri nautis, pueris conuicia nautae / ingerere: 'huc adpelle'; 'trecentos inseris'*;

⁴⁴ Ver, en este caso, J. C. Fernández Corte, 1993, y el brillante comentario de este mismo autor, 1994, en especial pp. 50-58.

'*ohe, / iam satis est.*'). Y para el sintagma *ilia rumpens* conviene señalar estos lugares si no paralelos sí muy próximos: Priap. LXXXIII, 40-46 (*sed ille cum redibit aureus puer, / simul sonante senseris iter pede, / rigente neruos excubet lubidine / et inquietus inguina arrigat tumor / neque incitare cesset usque dum mihi / Venus iocosa molle ruperit latus*); Prop. II, 16, 13-14 (*at tu nunc nostro, Venus, o succurre dolori, / rumpat ut assiduis membra libidinibus!*); Mart. XII, 97, 1-5 (*Vxor cum tibi sit puella, qualem / uotis uix petat inprobis maritus, / diues, nobilis, erudita, casta, / rumpis, Basse, latus, sed in comatis, / uxoris tibi dote quos parasti*). Naturalmente, Catulo en este caso no ha inventado todas y cada una esas fórmulas léxicas y sintagmáticas, pues sin duda debían de ser moneda corriente en el latín hablado –de hecho, para alguna de ellas se han señalado precedentes en la comedia y, luego, lugares paralelos en la sátira y en el epigrama–, pero su acierto es doble al haber sabido seleccionarlas para integrarlas en su poesía y, al mismo tiempo, al haber sabido mezclar el tono popular cuando no vulgar que ellas le proporcionan, en poderosa contraposición con otros tonos, eruditos o líricos como ha quedado dicho, obteniendo de ese modo un efecto sorprendente y muy novedoso en las letras latinas.

¿Acaso no resulta ilustrativo que Virgilio haya utilizado precisamente los versos 17-20, y en particular el 18 (*quos simul complexa tenet trecentos*), como modelo de *Aen.* VI, 786-787, con muy otras intenciones: *centum complexa nepotes, omnis caelicolas, omnis supera alta tenentis*⁴⁵? He aquí un excelente ejemplo de cómo un gran poeta dialoga sin complejos pero con admiración con otro gran poeta.

8. Finalmente, conviene hacer alguna observación a propósito del lírico final del poema. La comparación entre el amor desdichado y la flor destrozada, como es bien sabido, es muy vieja en la literatura occidental⁴⁶. De hecho parece remontarse directamente a Safo de Lesbos, frs. 105ab Voigt (acaso un epitalamio):

οἶον τὸ γλυκύμαλον ἐρεύθεται ἄκρωι ἐπ' ὕσδωι,
 ἄκρον ἐπ' ἄκροτάτῳ, λελάθοντο δὲ μαλοδρόπῃες,
 οὐ μὰν ἐκλελάθοντ', ἀλλ' οὐκ ἐδύναντ' ἐπὶ κεσθαι
 οἶαν τὰν ὑάκινθον ἐν ᾠρεσι ποίμενες ἄνδρες
 πόσσι καταστεῖβοισι, χάμαι δὲ τε πόρφυρον ἄνθος...

[«Como la manzana dulce se colorea en la rama más alta, la más alta en la más alta, de ella se olvidaron los cosecheros de manzanas. Pero no es que se olvidaran, es que no pudieron alcanzarla. Como el jacinto en las montañas los pastores con sus pies lo pisan y en el suelo la roja flor»⁴⁷.]

⁴⁵ Ver M. C. J. Putnam, 1989.

⁴⁶ Ver M. S. Celentano, 1991; V. Cristóbal, 1992, pp. 155-187.

⁴⁷ Trad. de F. Rodríguez Adrados, en 1980, núms. 78-79, p. 375.

pues aunque el contexto erótico no se ha conservado en estos fragmentos, parece conveniente inferirlo a partir del carácter general de la poesía sáfica, del más que probable carácter epitalámico de estos fragmentos y de, precisamente, la estrofa catuliana.

Con todo, Safo tampoco parece haber sido la «inventora» de esta hermosa comparación, pues ya en Homero *Il.* VIII, 302-308 leemos:

δ δ' ἀμύμονα Γοργυθίωνα
 υἱὸν ἐὺν Πριάμοιο κατὰ στήθος βάλεν ἰῶ,
 τὸν ῥ' ἐξ Αἰσύμηθεν ὀπυιομένη τέκε μήτηρ
 καλῆ Καστιάνειρα δέμας εἰκυῖα θεῆσι.
 μήκων δ' ὡς ἐτέρωσε κάρη βάλεν, ἢ τ' ἐνὶ κήπῳ
 καρπῶ βριθομένη νοτίησί τε εἰαρινῆσιν,
 ὡς ἐτέρωσ' ἤμυσε κάρη πῆληκι βαρυνθέν.

[«pero al intachable Gorgitión, noble hijo de Príamo, le acertó en el pecho con la saeta; la madre que lo alumbró había sido la novia venida de Esima, la bella Castianira, semejante a las diosas en su figura. Como la adormidera en el jardín inclina el copete a un lado bajo el peso del fruto y de los aguaceros primaverales, así se combó a un lado su cabeza bajo el peso de la celada»⁴⁸.]

De modo que la tal comparación comenzó a forjarse en un contexto épico y guerrero, en el que muchos siglos después insiste –desconociendo el intertexto sáfico– Apolonio de Rodas en III, 1396-1404, al referirse a los Espartos que, nacidos de la tierra sembrada con los dientes del dragón muerto por Cadmo, se iban dando muerte unos a otros nada más brotar del suelo:

πολλοὶ δ' οὐτάμενοι πρὶν ὑπὲρ χθονὸς ἴχνος ἀεῖραι,
 ὄσσον ἄνω προύκυψαν ἐς ἡέρα, τόσσον ἔραζε
 βριθόμενοι πλαδαροῖσι καρῆασιν, ἠρήρειντο·
 ἔρνεά που τοίως, Διὸς ἄσπετον ὄμβρῆσαντος,
 φυταλιῆ νεόθρεπτα κατημύουσιν ἔραζε
 κλασθέντα ρίζηθεν, ἀλώηων πόνος ἀνδρῶν,
 τὸν δὲ κατηφείη τε καὶ οὐλοὸν ἄλγος ἰκάνει
 κλήρου σημαντήρα φυτοτρόφον ὧς τότε ἀνακτος
 Αἰήταο βαρεῖαι ὑπὸ φρένας ἦλθον ἀνίαι·

⁴⁸ Trad. de E. Crespo Güemes, 1991, pp. 255-256.

[«Muchos, heridos antes de levantar sus pies de debajo de la tierra, cuanto se habían elevado en el aire, yacían en tierra otro tanto aplastados bajo el peso de sus cabezas inertes. De la misma manera que los jóvenes brotes que acaban de crecer en una plantación, caen a tierra cuando Zeus envía una lluvia infinita, rotos de raíz, el duro trabajo de los hombres que hacen su cultivo, y un desánimo que abate su cabeza y un funesto dolor alcanza al hortelano que es el dueño de la tierra, así entonces un profundo pesar invadió al rey Eetes en lo hondo del corazón»⁴⁹.]

Sin embargo, Catulo se muestra como el definitivo constructor de la comparación, como comparación de significado erótico, por un doble motivo. En primer lugar, porque la deja acuñada en este poema XI con sus más característicos elementos: se trata de una flor humilde –de cualquier humilde flor, sea jacinto, amapola o lo que sea– destrozada –precisamente– por un arado a la linde de un prado. Nótese ahora cómo en la formulación catuliana, si bien el contexto erótico es transparente, se ha producido una sorprendente transformación de los tradicionales papeles desempeñados por el hombre y por la mujer: es la mujer la que se manifiesta como «sexo fuerte» frente al hombre, asemejado a una florecilla silvestre. Y ese nuevo papel desempeñado por la mujer⁵⁰ es léxicamente subrayado al ser igualada nada menos que con un arado, cuyo objeto y función han sido de manera reiterada asimilados precisamente al miembro viril y al acto sexual. Ahora la mujer incorpora el papel tradicional del hombre. Imagínense el efecto que sobre los lectores de Catulo debía producir esta fuerte inversión de actitudes y resultados⁵¹.

Y en segundo lugar, Catulo, seguro de la eficacia de la imagen, se sirve de ella en otro lugar, concretamente en el epitalamio hexamétrico (el intertexto sáfico es en este caso aún más convincente) que lleva el número LXII de su poemario; allí, las muchachas reivindicaban el valor de su pureza con estas palabras (vv. 39-47):

Vt flos qui in saeptis secretus nascitur hortis,
ignotus pecori, nullo conuulsus aratro,
quem mulcent aurae, firmat sol, educat imber,
<iam iam se expandit suauesque exspirat odores;>
multi illum pueri, multae optauere puellae:
idem cum tenui carptus defloruit ungui,
nulli illum pueri, nullae optauere puellae:
sic uirgo, dum intacta manet, dum cara suis est;
cum castum amisit polluto corpore florem,
nec pueris iucunda manet, nec cara puellis.

⁴⁹ Trad. de M. Pérez López, 1991, p. 274.

⁵⁰ Ver, de nuevo, mi *Poesía de amor en Roma*, ya citada, pp. 15-32.

⁵¹ Ver J. C. Fernández Corte y J. A. González Iglesias 2006, p. 522.

[«Como una flor que nace apartada en vallados huertos, desapercibida para el ganado, no arrancada por ardo alguno, a la que besan las brisas, fortalece el sol y hace crecer la lluvia, muchos mancebos, muchas jóvenes la desean, pero cuando, cortada por una fina uña, se mustia, ningún mancebo, ninguna joven la desea ya: así una doncella, mientras permanece intacta, sigue siendo querida por los suyos, mas cuando al mancillar su cuerpo, pierde la pureza de su flor, deja de ser grata para los mancebos y querida para los jóvenes»⁵².]

Y diríamos que éste, por fin, parece ser su más adecuado significado, pues ahora la imagen de la flor se pone en relación con la virginidad de la muchacha, haciendo un paralelismo de carácter femenino, frente al sorprendente efecto que causa en el poema XI su aplicación a un hombre rechazado por una mujer⁵³.

9. El poema XI de Catulo es un ejemplo útil para aproximarse al poderoso y complejo mundo de la creación poética a mediados del s. I a. C. En él aprendemos cómo se puede lograr, cuando se lo propone un poeta de verdad, asimilar un mundo poético venido de otro espacio literario –el griego– del que se asumen metros, imágenes e incluso recursos léxicos, al tiempo que se renueva y vitaliza el espacio poético propio, investigando en los universos referenciales más variados –el mundo exterior y el mundo interior, pasando por la calle de todos los días–, en las posibilidades de transgredir las fronteras semánticas de las palabras cotidianas y en el conocimiento que nace no solo de la experiencia vital sino también de la lectura asidua y de la curiosidad por entender el mundo que rodea al poeta. Si a todo ello unimos una sensibilidad afectiva incuestionable, un deseo irreprimito por expresarla y una capacidad intelectual superior para hacerlo con éxito, entenderemos la singularidad del poema XI y su constante influencia –macro y microtextual– en la poesía posterior.

⁵² Trad. V. Cristóbal, 1992, pp. 160-161.

⁵³ Años después Virgilio sintetizaría de manera magistral los diversos usos –épicos, líricos– de la imagen en el célebre episodio de la muerte de Eurialo en *Aen.* IX, 435-436:

talia dicta dabat, sed uiribus ensis adactus
transadigit costas et candida pectora rumpit.
uoluitur Euryalus leto, pulchrosque per artus
it cruor inque umeros ceruix conlapsa recumbit:
purpureus ueluti cum flos succisus aratro
languescit moriens, lassoue papauera collo
demisere caput pluuiam cum forte grauantur.
at Nisus ruit in medios solumque per omnis
Volcentem petit, in solo Volcente moratur.

Bibliografía

- Akbar Khan H., «C. 45: What sort of irony?», *Latomus*, 27, 1968.
- Apolonio de Rodas, *Las argonáuticas*, trad. de M. Pérez López, Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal, 1991.
- Barrauol, G., *Les peuples pré-romains du Sud-Est de la Gaule, Etude de géographie historique*, París, De Boccard, 1969.
- Benediktson, D. T., «Horribilesque ultimosque Britannos», *Glotta*, 67, 1990, pp. 120-123.
- Berchem, D. Van, «Fragments d'inscriptions trouvés à Saint-Léonard (Valais)», en *Mélanges d'histoire ancienne et d'archéologie offerts à Paul Collart*, Lausana / París, De Boccard, 1976, pp. 75-81.
- —, *Les routes et l'histoire*, Ginebra, Droz, 1982, pp. 237-246.
- Bickel, E., «Catulli in Caesarem carmina», *RhM*, 93, 1950, pp. 1-23.
- Biondi, G. G., «Catullo 11 e Orazio, carm. 2, 6: due lezioni di poesia», en *Mnemosynum. Studi in onore di Alfredo Ghiselli*, Bolonia, Pàtron, t. I, 1989, pp. 19-31.
- Blodgett, E. D. y R. M. Nielsen, «Mask and Figure in Catullus, *Carmen* 11», *RBPh* 64, 1986, pp. 22-31.
- Braga, D., *Catullo e i poeti greci*, Messina / Firenze, Casa Editrice G. D'Anna, 1950.
- Bright, E. F., «*Non bona dicta*: Catullu's Poetry of Separation», *QUCC*, 21, 1976, pp. 105-119.
- *C. Valerii Catulli carmina*, ed. R. A. E. Mynors, Oxford, O. C. T., 1958 (1984).
- *C. Valerii Catulli Carmina – Catulo, Poemas*, ed., trad. y com. de A. Pérez Vega y A. Ramírez de Verger, Huelva, Fundación El Monte, 2005.
- *C. Valerii Catulli liber. Les poésies de Catulle*, trad. de E. Rostand, com. crítico y explicativo de E. Benoist y E. Thomas, París, Hachette, 1890.
- Carratello, U., «Il carme 11 di Catullo», *GIF*, 48, 1996, pp. 55-77.
- Carrillo Boutoureira, F. J., «Catulo o el arte de ser obsceno», en J. L. Vidal – A. Alvar Ezquerra (eds.), *Actas IX Congr. Español de Estudios Clásicos* (Vol. V: Literatura Latina), Madrid, SEEC, 1998, pp. 49-53.
- *Catulli Carmina*, ed. R. A. Ellis, Oxford, O. C. T., 1904 (1911 2ª ed.).
- *Catulli, Tibuli, Propertii carmina*, ed. M. Haupt, Leipzig, 1841 (1912 7ª ed.).
- *Catulo, Poésias*, ed. bilingüe de J. C. Fernández Corte y J. A. González Iglesias, Madrid, Cátedra, 2006.
- *Catullus*, ed. de E. T. Merrill, New Rochelle-New York, Aristide D. Caratzas, 1983.
- Celentano, M. S., «Il fiore reciso dall'aratro: ambiguità di una similitudine (Catull. 11, 22-24)», *QUCC*, n. s. 37, 1991, pp. 83-100.

- Copley, F. O., «The Art of Poetry: a Study of Catullus, c. 11», *Ann. Fac. Lettres de Nice*, 50, 1985, pp. 253-260.
- Cristóbal, V., «Una comparación de clásico abolenjo y larga fortuna», *CFC. Elat*, 2, 1992, pp. 155-187.
- Dilke, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres, Thames & Hudson 1985.
- Duclos, G. S., «*Atque in perpetuum, Lesbia, aue atque uale*», *Arethusa*, 9, 1976, pp. 76-90.
- Ferguson, J., «The Renuntiation-Poems of Catullus», *G&R*, 3, 1956, pp. 52-58.
- Fernández Corte, J. C., «Un ejercicio de imitación de Catulo por Horacio: Cat. 11 y *Odas* II 6», *Latomus*, 52.3, 1993, pp. 596-611.
- —, «Catulo en Horacio», en *Bimilenario de Horacio*, R. Cortés Tovar y J. C. Fernández Corte (eds.), Salamanca, Ed. Universidad, 1994, pp. 39-61.
- —, «Parodia, *renuntiatio amoris* y *renuntiatio amicitiae* en Catulo 11», *Emerita*, 63, 1995, pp. 81-101.
- Fitzgerald, W., *Catullan Prouocations: Lyric Poetry and the Drama of Position*, Berkeley / Los Ángeles / Londres University of California Press, 1995, pp. 179-184.
- Formigé, J., *Le trophée d'Auguste à La Turbie*, París, Suppl. Gallia VI, 1949.
- Forsyth, P. Y., «The Thematic Unity of Catullus 11», *CW*, 84, 1991, pp. 457-464.
- Fredricksmeyer, E. A., «Method and Interpretation: Catullus 11», *Helios*, 20.2, 1993, p. 89.
- Galán, J. M., «El Nilo en las fuentes del Egipto faraónico», en *Las Venas del mundo. Los ríos en la Antigüedad*, E. Fernández de Mier y J. de la Villa (eds.), SEEC, 2008, pp. 11-31.
- Harley, J. B. y D. Woodward, «Greek Cartography in the Early Roman World», en *The History of Cartography*, J. B. Harley y D. Woodward (eds.), vol. I, Chicago, University of Chicago Press, 1987.
- Harmand, L., *L'Occident romain. Gaule, Espagne, Bretagne, Afrique du Nord (31 av. C. à 235 ap. J. C.)*, París, Payot, 1960.
- Heath, J. H., «Catullus 11: Along for the Ride», en *Studies in Latin Literature and Roman History*, V, C. Deroux (ed.), Bruselas, Latomus, 1989, pp. 98-116.
- Homero, *Ilíada*, trad. E. Crespo Güemes, Madrid, Gredos, 1991.
- Jachmann, G., «Sappho und Catull», *RhM*, 107, 1964, pp. 1-33.
- Jocelyn, H. D., «The Arrangement and the Language of Catullus' so-called *Polymetra* with special reference to the Sequence 10-11-12», en *Aspects of the Language of Latin Poetry*, J. N. Adams y R. G. Mayer (eds.), Oxford / Nueva York, Oxford University Press, 1999, pp. 335-375.
- Kinsey, T. E., «Catullus 11», *Latomus*, 24, 1965, pp. 537-544.

- Lamboglia, N., *Le trophée d'Auguste à la Turbie* (Itinéraires ligures, 4), Albenga, Institut International d'Études Ligures, 1983.
- Lateiner, D., «Obscenity in Catullus», *Ramus*, 6, 1977, pp. 15-32.
- Le Bohec, Y., *César chef de Guerre*, Paris, Editions Du Rocher, Paris, Editions Du Rocher, 2001.
- Lerouge, Ch., *L' image des Parthes dans le monde greco-romain. Du debut du Ier siècle av. J.-C. jusqu' à la fin du Haut-Empire romain*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2007.
- Lindgren, M. H., *Non bona dicta. Obscenity in the Poetry of Catullus*, Tesis doctoral (microficha), Ann Arbor, 1984.
- López Gregoris, R., *El amor en la comedia latina. Análisis léxico y semántico*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2002.
- López López, A., «... 'amar' en el teatro de Plauto y de Séneca», *Helmantica*, 31, 1980, pp. 313-341 (= A. López López y A. Pociña, *Estudios de comedia romana*, Fráncfort, P. Lang, 2000, pp. 53-87).
- Mayer, R., «Geography and Roman Poets», *G&R*, 33, 1986, pp. 47-54.
- McKie, D., «The horrible and ultimate Britons: Catullus 11, 11», *PCPhS*, n.s. 30, 1984, pp. 74-78.
- Molina Sánchez, M., «El léxico del amor en Lucrecio», *Sodalitas*, 3, 1983, pp. 233-257.
- Mulroy, D., «An interpretation of Catullus 11», *CW*, 71, 1977, pp. 237-247.
- Nicolet, Cl., *L'Inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire Romain*, Paris, Hachette, 1988.
- Pérez Jiménez, A. y G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la Tierra. El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1988.
- Picard, G. Ch., *Les trophées romains: contribution à l'histoire de la religion et de l'art triomphal de Rome*, Paris, Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 187, 1957.
- —, *L'Art romain*, Paris, PUF, 1962.
- Pieri, M. P., «Sul carme 11 di Catullo», en *Percorsi della memoria*, M. P. Pieri (ed.), Florencia, Polistampa, 1998, pp. 121-132.
- *Poesía de amor en Roma. Catulo, Tibulo, Lígdamo, Sulpicia, Propercio*, Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal, 1993.
- Putnam, M. C. J., «Catullus 11: The Ironies of Integrity», *Essays on Latin Lyric, Elegy, and Epic*, Princeton Univ. Press, 1982, pp. 13-29.
- —, «Catullus 11 and Virgil *Aen.* 6. 786-7», *Vergilius*, 38, 1989, pp. 28-30.
- Quinn, K., *Catullus. An Interpretation*, Nueva York, Barnes & Noble, 1973.
- Richardson, L. (jr.), «*Furi et Aureli, comites Catulli*», *CP*, 58, 1963, pp. 93-106.
- Riestra, J. L., «Los paisajes de la Barbarie: manipulación e ideología en los historiadores latinos», en *Paisaje y paisanaje. Una propuesta didáctica para la*

- Enseñanza Secundaria*, J. Gómez-Pantoja y J. L. Riestra (eds.), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1995, pp. 263-285.
- Rodà, I., «Els models arquitectònics dels trofeus de Pompeu al Pirineu», en *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1993, pp. 647-651.
 - Rodríguez Adrados, F., *Lírica griega arcaica (Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C.)*, Madrid, Gredos, 1980.
 - Romano, E., «Catullo, c. 11. Note di lettura», *Pan*, 7, 1981, pp. 5-10.
 - Romm, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought. Geography, Exploration and Fiction*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
 - Ruiz Sánchez, M., *Confectum carmine: en torno a la poesía de Catulo*, 2 t., Murcia, Universidad de Murcia, 1996.
 - Skinner, M. B., «The Dynamics of Catullan Obscenity: cc. 37, 58 and 11», *SyllClass* 3, 1992, pp. 1-11.
 - Sordi, M. (ed.), *Il confine del mondo clasico*, Milán, Università Cattolica, 1987.
 - Sweet, D. R., «Catullus 11: a Study in Perspective», *Latomus*, 41, 1987, pp. 510-526.
 - *The fragmentary Latin Poets*, ed. y com. de E. Courtney, Oxford, Clarendon Press, 1993.
 - *The poems or Catullus*, ed. G. Lee, Oxford, Clarendon Press, 1990.
 - Thompson, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York, 1965.
 - Tromaras, L., «Die Aurelius-und Furius-Gedichte Catulls als Zyklen, cc. 11, 15, 16, 21, 23, 24, 26», *Eranos*, 85, 1987, pp. 41-47.
 - Troussset, P., «La frontière romaine et ses contradictions», en Y. Roman (ed.), *La Frontière. Séminaire de Recherche*, Lión / París, Maison Orient, 1993, pp. 25-33.
 - Vasaly, A., *Representations. Images of the World in Ciceronina Oratory*, Berkeley / Los Angeles, University of California Press, 1993.

Filología clásica

Catulo XI

Antonio Alvar Ezquerro

Demóstenes y la dialéctica de la derrota

Alberto K. Bailey Gutiérrez

La $\psi\upsilon\chi\eta$ homérica

Mario Frías Infante

La *Aulularia* de Plauto: avatares de una comedia de la Antigüedad al Renacimiento

Manuel Molina Sánchez

Tradición clásica

Motivos mitológicos en epistológrafos de Charcas

Estela Alarcón Mealla

Ricardo Jaimes Freyre: Tradición clásica,

Estética y Humanismo

María Claudia Ale

El mundo clásico en la obra de Arzáns y Vela

Teresa Gisbert

Filosofía

La conversión modal medieval y el sistema modal S5 de Lewis

Juan Manuel Campos Benítez

Los estudios sobre Aristóteles en la obra de Hernán Zucchi

Blanca A. Quiñónez

Vigencia de la filosofía platónica en el pensamiento de Néstor Grau

Claudia Quiroga

Déjà vu en la metafísica de José de Aguilar. La posibilidad

en el *Curso de filosofía dictado en Lima*

Walter Redmond

Varia

Un *dispensator publicus* en territorio vascón: a propósito

de AE, 1971, 199 de Eslava (Navarra)

Javier Andreu Pintado

Pronunciación del latín en América: testimonios de Charcas (siglos XVIII-XIX)

Andrés Eichmann Oehrli

Sistemas nemotécnicos en la poesía arcaica grecolatina

Iván Salas Pinilla

Con el apoyo de



BG BOLIVIA

ISBN: 978-99954-1-360-6



9 789995 141360 6